

LA VIDA EN SAN SEBASTIAN

La caridad de los donostiarras

Ayer se celebró la Fiesta de la Flor

PAORAMA

El sol, un sol espléndido y fecundo de primavera, despertó ayer á la perla del Cantábrico enviéndola su beso de oro desde un cielo intensamente azul.

Fué una mañana deliciosa. Era el umbral maravilloso y magnífico en que nos recibía, antes de entrar en su palacio real, el misterioso caballero don Mil Novecientos Veintuno. Si todo su palacio es tan luminoso y radiante como este umbral de ayer, este gran caballero Veintuno merecerá un lugar preferente en la historia de las naciones.

Despertada por el beso del sol, la linda moza cantábrica que es San Sebastián—moza bonita y coqueta, un poco complicada por los refinamientos internacionales—se nos ofreció ayer con toda la exuberante floración de sus encantos veraniegos.

Sin nubes, sin brumas, vestida de fiesta, florida y galana, la gentil Donostia era como una sinfonía en blanco y oro. Su amanecer de ayer no era el de una ciudad nortea gris y lluviosa, sino un radiante amanecer mediterráneo, como en la Riviera.

La japonesa, colina de Igeldo, los óvidados pinares de Ulla, el monte Urgull—vendado por la cinta blanca del paseo nuevo—, la isla de Santa Clara, el mar, la tierra, las flores, todo parecía entonces ayer un canto primaveral á la Naturaleza.

Día de optimismo, de júbilo y de sol; día de risas, de flores y de caridad...

El año nuevo podrá reservarnos nuevas amarguras y nuevos desencantos. Pero no cabe duda de que nos ha recibido con toda magnificencia; con todo lo que perfuma y encanta la vida; con sol, con flores y con sonrisas adorables de mujer...

VARIACIONES SOBRE TEMAS DIVERSOS :

El pueblo donostiarra ha tenido siempre fama por su caridad extraordinaria. Ahí están el Asilo Reina Victoria y tantos otros organismos modelos que son el escudo de la noble generosidad de este pueblo.

Hace pocos días, nos decía el alcalde:

—La Junta local de Beneficencia acaba de hacer su balance y de confeccionar los presupuestos próximos. Los resultados registrados en su arqueo de fin de año, son la plena demostración de la caridad cada vez más grande de San Sebastián.

Se han hecho magníficas obras de beneficencia y se van á hacer otras más importantes todavía. Los gastos de la Junta son enormes; pero contamos siempre con la ayuda de las almas caritativas—que forman aquí legión—y lo emprendemos todo con la seguridad de que hemos de salir airoso.

La Junta tenía un déficit considerable. El déficit ha descendido mucho en el año último, que ha sido pródigo en fiestas de caridad. En el Gran Casino, en los teatros, en la calle, en todas partes, ha triunfado la generosidad de las gentes en provecho de la Beneficencia.

Quiera Dios que esta caridad, que ennobrece á Donostia y pose un encanto más entre sus encantos innumerables, siga en aumento en los días venideros. La Beneficencia está más desahogada que antes, pero esto no quiere decir que ya no necesite del amparo de todos. ¡Hay tanto que hacer todavía, hay que aliviar tanto dolor, hay tantas otras cosas que crear en beneficio de los que sufren!

Las mujeres son las más entusiastas propagandistas de la caridad. Un artista de la palabra dijo que «no hay alma de mujer que no lleve un alma de madre en su alma» y esa santa palabra de madre es sinónima de la más sublime generosidad.

Mujeres fueron las que ayer recorrieron las calles de la ciudad mendigando graciosamente una limosna para los pobres enfermos de la más triste enfermedad. Mujeres bellas, todas bellas con la suprema belleza del amor al prójimo. Mujeres que con la dulce magia de su sonrisa, supieron derreír el duro escudo de los corazones más avaros...

¡Benditas mujeres donostiarras, ágiles, infatigables perseguidoras que con el brazalete de la doble cruz al brazo y con la almohadilla acribillada de florecitas rojas y con la escarcela henchida de monedas, recorristeis ayer las calles de Donostia! ¡Nosotros os saludamos y os veneramos humildemente, como á gentiles madrecitas buenas!

FOR LAS CALLES

Hemos salido de casa muy temprano, enamorados de este día de luz y de alegría.

Varias moneditas humildes se agitan temblorosamente en los bolsillos de nuestro pantalón. Saben sin duda que no tardarán en abandonar este amable refugio—donde estaban con toda comodidad porque nunca había más de tres ó cuatro—y saben que ya no volverán como «las oscuras golandrinás»...

Efectivamente, el éxodo triste de nuestras monedas se produce en cuanto tocamos la primera esquina. Una encantadora rubia tiende su vuelo rápido sobre nosotros, como un milano sobre una cándida paloma. (Y ustedes perdonen lo desigual de la comparación).

—¿Una flor, pollo?

—Bueno, venga la flor—decimos nos otros estúpidamente, porque no se nos ocurre otra cosa más ingeniosa.

Nuestra asaltante se llama Anita B. mar y es una rubia graciosa y esbelta como una espiga. Nosotros depositamos unas monedas en su bolso y nos alojamos de allí, avergonzados de no haber sabido decir ninguna gentil galantería á la bella postulante de nuestro barrio popular. ¡Y eso que habíamos salido de casa con diez caprichosos madrigales alusivos á la mujer y á las flores y á la caridad!

Pero es que una mujer bonita hace tantumudear al mismo don Melquiades.

Por llenar el bolso de María de las Mercedes Usandizaga que espera cautelosamente nuestro paso frente al Banco Español del Río de la Plata, nosotros seríamos capaces de entrar en el Banco forzando la puerta, vaciar sus cajas de

caudales y obligarle á suspender los pagos, como al de Barcelona.

Luego entraríamos en el Banco de San Sebastián y nos llevaríamos hasta el último cohavo para llenar el bolso de su linda amiga Ignacita Barrenechea.

Si Ignacita y Mercedes nos pagaban después este saqueo con una gentil sonrisa, ya nos podían llevar para toda la vida al penal de Cartagena.

En la calle de Garibay nos sonríen la carita picara y graciosa de Elvira Saenz Alonso y el rostro bueno y cariñoso de Juanita Ceberio.

Nosotros quisieramos pasar de largo, como si no las conociéramos. Apresuramos el paso y ponemos una cara como si tuviéramos un humor de mil demonios.

Pero la risa burlona de Elvira nos persigue como un remordimiento. Y volvemos, arrepentidos, á poner una monedita en su escarcela.

—¡Somos tan cortos de vista—balbuceamos torpemente—y vamos siempre tan distraídos!

Pascual Marín, ese fotógrafo microscópico de la calle Garibay, nos sorprende con su objetivo cuando charlamos con Teresa Iriarte y con la deliciosa nona Pepita Moreno.

Inmediatamente sentimos un odio profundo hacia el fotógrafo filipulionense. Porque de haber sabido que nos iba á retratar, nosotros hubiéramos preparado un aire elegante y nos hubiéramos arrodillado ante la gentil figura de Teresita Iriarte en un gesto conmovedor de súplica amorosa.

Pepita Sesma, graciosa y ágil, riendo siempre como una niña encantadoramente feliz, es capaz de sacarle todo el dinero de sus arcas al mismísimo Harpagón.

¿Ustedes no han visto un cuadro de Arteta que se titula «La idealización de la modista bilbaína?»

Pues nosotros vamos á pintar otro dedicado á la donostiarra, tomando por modelo á Ramonita.

Ramonita es la más deliciosa criatura que pudieren soñar los artistas de todos los tiempos. Es de una belleza aristocrática, fina, exquisita; de una elegancia de mujer del gran mundo; de una gentileza «muy peliucosa americana» y tiene una sonrisa tan traviesa que pondría en una cartuja la alegría de una verbena.

Es una encantadora princesa popular. Nosotros le pagamos su florecita con una moneda y con la flor de un piropo galante, muy poético, muy sentimental, y ella exclama riendo:

—¡Qué loco eres, chico, qué loco...!

Cuando nosotros pintemos su retrato, el ilustre Arteta va á quedar á nuestro lado—aunque nos esté bien el decirlo—á la altura de un pintor de verjas...

Mari Echeverría comparte con su deliciosa hermana Ramonita toda la sal de la tierra. Ella y Maxi—usted no conoce á Maxi, lector, esa Maxi frágil y alegre que parece una fatal «gigolette» montañesa?—han vendido durante la mañana más flores que las que pueda haber en todos los cárnemes granadinos.

La señorita de Masdeu asalta á los transeúntes con una dulzura que emociona y conmueve.

Si á Judas Iscariote se le hubiera presentado la señorita de Masdeu á pedirle una limosna cuando salía del Sanhedrin, el traidor le habría entregado los treinta dineros en toda su integridad y se hubiese salvado...

Vestida de escarlata, con los cabellos desbordando por la espalda, con sus grandes ojos de colegiala traviesa, Mariña Prieto nos hace pensar en que así debió de ser aquella linda Margarita á la que el mago Rubén dedicó su cuento famoso:

«Margarita, «está linda la mar; y el viento...»

¡Paso, paso á la espléndida belleza brama de Mercedesitas Docamps!...

Nosotros haríamos un singular elogio de esa belleza, rutilante y tropical, hilvanando las muchas ideas que nos inspira.

Pero no nos atrevemos á decir todas esas cosas á la vista del público, desde la descarada tribuna periodística. Nos da mucha vergüenza...

Esas cosas son para dichas en la soledad, al claro de luna, en un paisaje propicio á las confidencias amorosas, frente al mar...

O delante de un cura leyendo la epístola matrimonial en la capilla del Cristo del Buen Pastor.

¡Horror!...

A María Teresa Rami le importa muy poco que tengamos la solapa más florida que un jardín andaluz. Ella se obstina en clavarnos una florecita más.

Pero nosotros no, defendemos fieramente, exhibiendo como argumento el forro de nuestros bolsillos vacíos. Y entonces, la encantadora Teresita—una nena esbelta, elegante y bonita con unos grandes ojos ingenuos que parecerían los de una «girl» inglesa si no fueran tan negros—sa da por vencerla.

Y nosotros nos alejamos triunfales, con un solemne gesto napoleónico, y con todo el orgullo de haber vencido á una mujer bonita.

Hasta que nos convencemos de que la victoriosa ha sido Teresita Rami, pues aunque no ha conseguido clavarnos la pequeña flor artificial, ha dejado clavada en lo más profundo de nuestro corazón, sin queyrlo, la fresca flor de su sonrisa...

A esas pobres gentes meridionales que se empeñan en decir que en el Norte se hay salero ni gracia, se las podría convencer de lo contrario mostrándoles la señorita de Yurrita, que va esmalñando las calles de alegría y buen humor.

Dirigian al intrépido batallón de pomillantes el doctor Bago, como generalísimo, y las señoras siguientes como jefas de grupo:

Señora de don José Gros; señora de Eñotena; señora de Gayán de Ayala; señora de Iñatillade; señora de Pradosa; señorita Manolita Irastorza; doña María Fuij; señora de Izantegui; doña Luisa

Los enamorados

La señora casada

En nuestra exposición, en las vitrinas de este establecimiento podréis encontrar vuestro bonheur. Para todas las fortunas

Trust Joyero

Boulevard, número 15

Exigid de las personas de vuestro afecto. La felicidad puede truncarse ó no llegar...

Lindas alhajas. Preciosos relojes de precisión. Para señoritas, colegiales y niños hay regalos prácticos. Precios á la vista.